

abrigo y de muchas prendas de vestir; unos cuantos plátanos plantados alrededor del *bohío*, y un pedacito de tierra sembrado de patatas, bastan para satisfacer sus necesidades alimenticias. En la selva abundan las frutas silvestres y la caza; en los ríos que surcan aquellos parajes, son muy abundantes los peces de varias clases, que se sepultan entre el lodo, del que pueden ser cogidos simplemente con la mano; frondosos bosques les proporcionan el poco combustible que han menester para cocer sus alimentos, y si quieren construir un tambor... la selva les ofrece con abundancia primeras materias para ello.

Esta abundancia natural, no induce al hábito del trabajo. Por tal razón, las tierras de abundancia perpetua jamás fueron comarcas *dominadoras*, sino presas de los pueblos más ambiciosos de la zona templada, en cuyo suelo alternan la escasez y la abundancia. De esta suerte, casi toda el África y aquella parte del Asia que se hallan enclavadas entre los trópicos, han sido convertidas en colonias de los pueblos de Europa. No hay en África más territorio independiente que Abisinia, cuyo clima frío, propio de una meseta elevada, estimula al pueblo, dotándolo de un vigor y de una actividad que le han permitido defenderse de ser anexionado.

El hombre suele trabajar cuando se ve frente al hambre o la miseria, consecuencia de las dos fuerzas de que se halla solicitado y que se repelen mutuamente: de una parte, el instinto natural de ahorrarse un *esfuerzo*, y, de otra, el *deseo* de satisfacer la necesidad que responde a dicho esfuerzo; y, según predomine aquel instinto o se imponga este deseo, así el hombre se negará al trabajo o se dedicará a él. Después de nuestro verano, que permite el desarrollo de las plantas, los hielos y las nieves condenan al letargo todo el reino vegetal, e impelen al hombre a buscar protección en la casa y en los vestidos de abrigo. Estas dos imprescindibles necesidades, acarrearán una infinidad de otras,

gran parte de las cuales han sido cosas superfluas en un principio, pero actualmente constituyen verdaderas necesidades; tal sucede con la costumbre de llevar zapatos.

Tiene el hombre una casa; quiere adornarla; satisface las exigencias de su cuerpo. Y el estudio, la ciencia y el arte, abren a sus aspiraciones un extenso campo de necesidades, ilimitadas en número, que se acrecientan en cada nueva etapa de la civilización, pero que a medida que se van presentando se dispone de medios o elementos adecuados para satisfacerlas, que los dan siempre la Naturaleza y la vida de relación, que el ser humano ha de aceptar conforme se desenvuelve en progresión constante.

¡Qué inmensa mole de materia, ruda e inorgánica, tendida debajo de nuestros pies, y compuesta de seres tan diferentes! ¿Quién explicará las virtudes de esta tierra que hollamos, y que es cuna y sepulcro de cuanto existe sobre ella? Engendre o destruya, ¡cuán portentosa es su fuerza! Tierras y piedras, sales y betunes, metales y cristales... ¡Cuántos bienes, ofrecidos a las necesidades y al recreo del hombre!

Pero el hombre no puede anhelarlos, sin anhelar también su conocimiento: una insaciable curiosidad, inherente a su ser y que no en vano le fué inspirada, sino para levantarle a la contemplación del Universo, le lleva en pos de aprovecharlos, valiéndose de su inteligencia y esfuerzos bien dirigidos; y, mediante la actuación reflexiva y voluntaria de estas facultades—el Trabajo—los adapta y transforma, a fin de que satisfagan sus «necesidades», apareciendo de esta suerte la **PRODUCCIÓN**, que le permite lograr cuanto le hace falta; las cosas que le son precisas; en una palabra, la apetecible **RIQUEZA**, vocablo que se deriva del latín «res», que significa «cosa». Es, pues, la **RIQUEZA**, conjunto de «cosas» para poder «vivir» bien, tomando esta palabra en su sentido más amplio.

PEDRO FALGÁ VIVES